



**AHOGO DE
PALABRAS.**

ALDO ROJAS.

No tenía nada que decir, las palabras lo iban ahogando poco a poco. Las cuatro paredes de su habitación envolvían quejumbrosamente su cuerpo cansado esa madrugada. El silencio, su silencio se iba haciendo más impenetrable en la medida que los minutos devoraban la penumbra de su sueño; el aire le faltaba así como empezaban a faltarle las sílabas y consonantes de un lenguaje e idioma que dejaban de ser suyos.

Una vez levantado Benjamín se dirigió al baño, abrió la regadera y una cascada de agua fría devoró el poco sueño que aún abrasaba su cuerpo somnoliento ese domingo que debía estar destinado, según los planes formados la noche anterior, a levantarse lo más tarde posible, engullir lo primero que encontrase en la despensa y robarle unas horas de placer a los labios y caricias de Dalila, la novia de su mejor amigo, que iría esa tarde a su departamento en Lavalle y Talcahuano, con la absurda excusa de que le explicase el término “háptico” en *El sentido olvidado, Ensayos sobre el tacto* de Pablo Maurette. Solo Pablo, ese amigo leal de infancia podía cerrar los ojos ante una traición fraguada e iniciada hace más de un año. Pobre de aquel que deposita en otras manos el resguardo de aquellos tesoros que la vida egoísta y sabiamente le entrega a espaldas del mundo.

Dejada atrás la ducha y la breve elucubración de una infidelidad que no es el motivo central de este relato, Benjamín procuró vestirse pero la ausencia de esos *segmentos limitados por delimitadores en la cadena hablada, escrita o por señas, que puede aparecer en otras posiciones y que está dotado de una función*, y que sin tantos rodeos los amantes de las definiciones entienden por “palabras”, empezaba a tener consecuencias directas en la vida de este hombre de cuarenta y dos años de edad y cuya dependencia a la soledad se había ido fortaleciendo desde la partida a otro plano existencial, tal como le gustaba decirlo, de su padre hace cinco primaveras. Cuando detuvo su mirada frente al espejo de la sala de estar se observó vestido con un *Short Deportivo* talla 12; *Camisa Slim Fit* color verde esmeralda y en su pie derecho el zapato izquierdo correspondiente a los *Mocasines Peskdores M0007* marca *Náutica*.

La necesidad instintiva de una taza de café en la mañana fue satisfecha con una *Quilmes Clásica* sacada de la heladera; el desahogo de la vejiga, al haberse dado de baja igualmente la palabra orinar y sus diversas acepciones del vocabulario personal, fue realizado encima del azul short cuya tela de *Politix* carecía de las propiedades inherentes al polipropileno y polietileno de los pañales desechables.

La sequía de palabras dentro del río de morfemas y fonemas que acompañaban su vida, desde aquel glorioso día festivo en que en brazos de su madre balbuceó frenéticamente a los 383 días de nacido: *aaappaaa*, *aaappaaaa*, *aaaapppppaaaaa*, le impedía hoy relacionar metodológicamente ese lenguaje para describir las cosas y su correspondencia como persona con ese entorno. Le era imposible empezar a encontrar coherencias entre un mundo físico que empezaba frenéticamente a engullirse a sí mismo y la necesidad imperiosa de ubicarse en él para proceder a la conquista del mismo. Se estaba convirtiendo en tres puntos suspensivos que esperan ansiosamente una siguiente frase para no diluirse en mares de olvido.

Con una respiración frenética iba recorriendo cada espacio del departamento, palpaba las paredes, manoseaba los muebles y con el pie izquierdo desnudo besaba el frío del piso, mientras balbuceaba ruidos guturales que se multiplicaban delirantemente poblando la escena de cadáveres sintácticos. Cada una de esas *parabólas* que lo iban abandonando se asían a su cuello y clavaban cientos de ponzoñas en el torrente sanguíneo de un diccionario que terminaba de quedarse en blanco a expensas de una vida que partía súbitamente sin legado ni epitafio.

Tres días después un ramo de flores era dejado sobre una parcela del cementerio Chacarita. Pablo y Dalila agarrados de la mano caminaban entre mausoleos hacia la avenida Guzmán. La vorágine de la ciudad, sus voces, sus cantos, sus risas y llantos, sus angustias y banales desesperos, sus lealtades y traiciones, contrastaban omnipotentemente con el silencio y vacío reinante bajo los sauces del camposanto, el mismo silencio y vacío que pobló la muerte de Benjamín cuando sus palabras decidieron ir en busca de una mudez leal y eterna.